

## LA OFTALMOLOGÍA

### ENTRE LOS INDÍGENAS DEL ANÁHUAC EN LA ÉPOCA PREHISPÁNICA<sup>1</sup>

Enrique Graue y Díaz González

**En** realidad muy poco se ha escrito sobre ello y los datos que obtuve los he extractado de publicaciones dispersas y de manuscritos de conquistadores y de los frailes eruditos que los acompañaron durante la conquista y después de ella.

Es por ellos: Fray Bernardino de Sahagún, Bernal Díaz del Castillo, las Cartas de Relación de Hernán Cortés, dirigidas al Rey de España, y otros más, que sabemos algo de lo relacionado con la medicina pre-hispánica. Tomaremos como ejemplo de medicina precortesiana, a la medicina ejercida en la Gran Tenochtitlán, la medicina Tenochca o Azteca, que fue en cierta forma (como toda su cultura) una mezcla de las ideas de los pueblos conquistados y con ello, una especie de síntesis histórica de los mismos. Fue esta medicina, la que mayor difusión alcanzó, y de ella es de la que se conservan datos más precisos. La religión abarca la vida íntegra del azteca. Los frutos de la enfermedad son dos: la voluntad de un dios ofendido y la malevolencia o enemistad de otro hombre que se vale de un hechicero o de un brujo con poderes sobrenaturales para enfermar al enemigo (nahual y mal de ojo). Los médicos eran los encargados de neutralizar el maleficio y de aplacar a la deidad ofendida. De ahí que la terapéutica iba acompañada de conjuros y maniobras mágicas. La diosa de la medicina en general era TZAPOTLATENEM, pero además tenían un Dios o Diosa para cada función u órgano, gozando, como es la regla de todos los pueblos primitivos, de gran favor y popularidad todo lo relacionado con la fertilidad, los nacimientos y los padecimientos ginecológicos.

Según Sahagún, los vendedores de remedios tenían en los tianguis un sitio especial y ahí había yerbas medicinales, raíces, flores y también piedras y sustancias minerales, así como productos del reino animal: carne de jaguar entre otros e insectos, que por cierto utilizaban para algunas “oftalmías”.

La medicina se ejercía en los templos y era patrimonio de la casta sacerdotal, como en la Babilonia, siendo posible

que en los “Teocallis” mexicanos, al igual que en Memphis, se guarden recetas sagradas que aún no han salido a la luz, pues mientras más estudiamos las analogías de los conceptos indígenas médicos con los del antiguo oriente, las semejanzas entre ellos son más precisas. Es un hecho que, entre los toltecas la medicina era un arte sagrado, y esto desde antes de la fundación de Tolla (Tula). Asimismo en México, como entre los caldeos de Babilonia, no sólo había curanderos “benéficos”, sino también “malignos”: encantadores, traficantes de filtros venenosos y embrujantes, y, por supuesto dados a las prácticas de hechicerías.

Los nahuas amaban apasionadamente a la Naturaleza y sus observaciones e investigaciones de siglos les habían permitido crear toda una enseñanza. En realidad tenemos que creer que eran una raza superior: entregados a sus propios recursos, con sólo sus tradiciones y sin guías llegaron a dominar ciencias que nos revelan su maravilloso genio: sus progresos en la Astronomía, la Botánica y la Medicina fueron tan extraordinarios que, para algunos historiadores jamás raza alguna fue mejor dotada. Lo cierto es que si bien los españoles aportaron con la conquista inapreciables bienes en el orden moral, en cambio en Historia Natural los conquistadores “hubieran ganado mucho tomando a los indios como sus maestros”. La mejor prueba de ello es que aunque terminó el imperio Azteca, el “arte médico indígena sobrevivió a la ruina de Tenochtitlán”.

El estudio en detalle de la medicina indígena pre-Colombina ofrece algunas dificultades, pues para darse idea de los antiguos métodos curativos hay que abrirse camino a través de un complejo tejido de ceremonias religiosas y de supersticiones. Es fantástico adentrarse un poco en lo que podríamos llamar el “Código de la Magia Médica” y ver las similitudes que se presentan con otras razas y en otros países y darnos cuenta así de cómo el ser humano ha tratado siempre de penetrar en el porvenir, de comunicarse con un mundo invisible y de conjurar las influencias ocultas a las cuales imputa todas sus miserias.

Lo cierto es que según refieren los cronistas de aquella época, los aztecas poseían maravillosamente la ciencia de Esculapio; aún hoy los herbolarios conocen secretos

<sup>1</sup> Capítulo primero del libro *Historia de la Oftalmología en México*, del Dr. Enrique Graue y Díaz González (Laboratorios Sophia, S. A., Guadalajara, Jal. México, 1973). Dicho libro fue proporcionado a *ArchiPiéLago* por el Dr. Rafael Sánchez Fontán, Presidente del Patronato de la Asociación para Evitar la Ceguera en México (APEC),

religiosamente guardados y transmitidos de padres a hijos. No saben ustedes los ratos agradables que he pasado leyendo y releendo libros de Historia y de Cronistas como Bernal, Sahagún y Motolinía entre otros y además aquellos sobre Herbolaria y Plantas Medicinales Autóctonas, que me han ilustrado tanto sobre el tema, que en realidad no sé cómo hacer para condensarlo en unas líneas, pues una de las fases más brillantes de la cultura nahua, como nos lo revela el Dr. Del Paso y Troncoso sobre la “Botánica indígena”, es que los aztecas, desde mucho antes de la conquista, reunían las plantas, ensayaban sus virtudes y las agrupaban según sus propiedades médicas o sus afinidades botánicas. Y, ¿qué decir de las supersticiones y de los ritos mágicos?, ¿y qué de los amuletos y pronósticos?

Concretándonos a lo nuestro, diremos que los conquistadores españoles, que en realidad no fueron sino un puñado de guerreros rudos, incultos y atraídos por el afán de aventura y de codicia, no trajeron prácticamente consigo ningún Servicio Médico, ni mayor cantidad de medicinas, y desde luego ningún remedio especial para las afecciones de los ojos, remedios que, por lo demás apenas existían en Europa. Es así que durante la Guerra de Conquista, los españoles dependieron casi exclusivamente para sus curaciones de los conocimientos médicos y aún quirúrgicos de los pueblos por ellos sometidos, quienes lo hicieron tan bien y sabiamente que un buen número de españoles que hubieran sido tenidos como perdidos por los sabios de ultramar, debieron su vida a los médicos indios, entre cuyas manos las heridas les cicatrizaban rápidamente. El mismo Motolinía dice maliciosamente que los heridos curaban más rápidamente no sólo porque los médicos indígenas “eran extraños a todo interés personal y por lo tanto no alargaban las curaciones, sino por su larga práctica y la ingeniosa aplicación de los remedios del país”. El hecho es que si su mérito no hubiera sido incontestable, Cortés no hubiera rogado al Emperador en una histórica carta a él enviada en el año de 1522, QUE NO DEJARÁ PASAR A AMÉRICA A NINGÚN MÉDICO DEL VIEJO MUNDO.

Entre los nahuas la organización del Cuerpo Médico está un poco envuelta en tinieblas. Sabemos que en ciertas familias la profesión de la medicina pasaba de padres a hijos, pero no es seguro que formara una casta propiamente dicha. Las “pictografías” nos hacen pensar que entre los pueblos del Anáhuac la medicina era especializada, representándose al especialista de ojos aplicando algún zumo vegetal o en la actitud de reclinar una catarata como en los papiros egipcios. Cada especialista tenía su nombre para ser designado, y, según Gilberti, al médico de los ojos se le designaba con el nombre de “tzinangaricuhperi”, palabra de origen tarasco o purépecha, lo que nos hace pensar que tal vez las enfermedades oculares, que en realidad eran pocas en la Meseta Central, hayan sido más



Ciego mostrando una marcada angustia en su rostro. Figurilla en terracota de Jaina

numerosas en la Costa del Pacífico. Otro detalle interesante es que tanto en la capital azteca como en Cholula, Texcoco y Tlaxcala había, como lo atestiguan Sahagún, Hernández, Monardes y otros, verdaderos hospitales y asilos donde se hacía medicina y cirugía.

En náhuatl, la palabra “ixtli” significa: ojo; y “tollin” es el tallo de un junco que es llamado también “tule”. Una de las medicinas que vemos con frecuencia descritas en los códices aztecas para las oftalmías es el “ixtollin”, o sea el jugo del tallo de ese junco que se empleaba para curar algunos padecimientos oculares.

Entre las cucurbitáceas había una, llamada “Tlamayalotli”, de corteza amarilla y carne blanquizca que usaban también mucho en inflamaciones oculares.

Estos y otros cientos de vegetales figuran en el Códice Mendocino. Una de las obras más ilustrativas sobre los medicamentos indígenas y que fue publicada en tres tomos, la realizó el Dr. Nicolás Monardes, sevillano ilustre. Pero indudablemente quien emprendió, por encargo del Rey Felipe II una obra gigantesca acerca de “Los

Remedios y de la Historia Natural del Nuevo Mundo”, fue el Dr. Francisco Hernández, quien murió en 1587 dejando una obra de 24 libros y 10 tomos con estampas de plantas medicinales y un atlas zoológico, hechos por él mismo en la Ciudad de México.

Yo creo, y así lo he proclamado en algunos escritos, que el tracoma en México es de origen milenario, de carácter endémico aunque siempre con aspecto de menor gravedad que el llamado “mal Egipcio”, tal vez por cierta propia inmunidad de nuestra raza o por sus prácticas de higiene y de limpieza. En apoyo de ello tenemos el que a la llegada de los españoles (venidos la mayor parte del sur de España y por tanto gente en contacto con moros, y no muy dados a las prácticas de higiene) tienen que haber venido algunos tracomatosos, y sin embargo no hubo epidemia alguna, como sucedió por ejemplo con las epidemias de viruela, cólera, fiebre amarilla, peste bubónica y el sarampión, enfermedades para las cuales los naturales no presentaban inmunidad o resistencia orgánica alguna, y que según cálculos estadísticos de los historiadores acabaron con más de la mitad de los poblados y tribus, cooperando ello enormemente a que los peninsulares pudieran colonizar sin trastornos y pacíficamente a la Nación, considerando los españoles a estas dolencias por ellos diseminadas (y así está consignado en algunos libros), como una “bendición especial mandada por Dios para que su estirpe superior pudiera establecerse fácilmente en el Nuevo Continente”, y las dieron en llamar también “pestilencias prodigiosas de los indios”.

Pues bien, en las Historias de la Conquista, no está consignado que los españoles hayan encontrado muchos ciegos. Sin embargo el cuadro de la conjuntivitis granulosa o tracomatosa está bastante bien descrito por Fray Bernardino de Sahagún e incluso nos narra que se le llamaba “tzicalitl”, y se la trataba frotando las conjuntivas tarsales con una hierba áspera llamada “cacamalinalli”, y se lavaban los ojos después con “pulque”. Ocaranza señala también que a las granulaciones de los párpados las trataban con medios quirúrgicos. A los oculistas que quitaban las granulaciones se les daba el nombre genérico de “teixpatique”.

Por otra parte señalan los códices una enfermedad ocular que bien pudo ser la Conjuntivitis Primaveral, ya que según decían la producía el Dios del Calor y de la Primavera “Xipe Totec” y les daban a estas enfermedades diversos nombres difíciles de interpretar, con apelativos indígenas que significaban algo así como: enfermedad de los “sapos” o de las “gallinas”, o bien enfermedad del “espejo”.

Contra los dolores de los ojos en general, los médicos indígenas prescribían: purgantes, lavados de la cabeza y sangrías. Como colirio era muy usado el vino de agave (pulque) serenado al aire libre durante la noche; además

también colirios de aceite de amapola (chicalotl) y el jugo de los capullos de mezquite (mizquitl).

Los baños de vapor, haciendo uso del “temazcalli” para hacer sudar a los enfermos era un remedio muy popular para todas las enfermedades, ya que según decían evacuaban humores gruesos y tenaces y descongestionaban todos los órganos.

No dejan de ser curiosos y así los anotamos, los nombres indígenas de algunas partes del ojo. He aquí algunos: Las cejas: “tixquamul”. Párpados: “tixquenpal”. El borde ciliar: “tixquatol”. Los puntos lagrimales: “tixcuilchil”. La conjuntiva: “toztacauh”. El iris: “totlitocah”. La pupila: “toteouh”, y el Ojo: “ixtelotli”. Y, por último las lágrimas: “Ixcuitlatl”. Los Oculistas: “teixpati”.

En cuanto a los padecimientos oculares, es también curioso anotar los nombres con que los designaban, lo que nos indica asimismo que los conocían como entidad patológica, sabían sus síntomas y, lógicamente, los trataban de curar.

Así tenemos, que a los ciegos, en términos generales, los llamaban “ixpopoyoti”, pero cada ciego podía serlo por alguna causa especial, y entonces se les daban nombres diferentes: por ejemplo, si la ceguera había sido producida por un rayo, se le llamaba “ixmimicquiliztli”. Se había sido producida por un cuerpo extraño: “tleixtlaltemiliztli”.

Si la ceguera era la resultante de una oftalmía purulenta, se les daba el nombre de “ixtepella”, y resulta curioso saber que con este mismo nombre se designaba al que no veía por sufrir “cataratas”. En cambio, al ciego, o débil visual por leucomas corneales se le llamaba “ixayapachihqui”.

A las neuralgias oculares o jaquecas se les designaba como “ixcocoliztli”. Las blefaritis recibían el nombre indígena de “ixtenchichipeliuiliztli”, y a las perrillas en general con el de “ixtomoniliztli”, y a los bizcos o estrábicos con el nombre de “ixnecuiltic”.

A las ojeras les daban una gran importancia, como signo de otras enfermedades y tenían un nombre especial, el de “ixtecocoyuiliztli”.

En cuanto a los tratamientos en sí, las medicinas fueron muy numerosas y había una serie de colirios para el “mal de ojo”, a base de jugos, hojas, látex, raíces, yemas tiernas de plantas, flores y cataplasmas.

Los pterigiones pretendían destruirlos con un colirio especial preparado con el jugo de “chichicaquiltil”, y las “nubes de la córnea” con el jugo de “tlatlayotli”. En cuanto a las cataratas el tratamiento médico era un colirio a base

de la raíz del “cocoztic”, así como también la resina del árbol “piru”, macerada en leche humana y serenada, para poner de ello una gota dos veces al día.

Debemos agregar que, para la aplicación de estos remedios, dados por los sacerdotes-médicos o médicos-brujos, o de los hechiceros, de los cuales había varias categorías o especialidades en los maleficios mismos; los más temidos eran aquellos con el poder de transformarse en animales “nahuallis”; podemos afirmar que con seguridad las medicinas eran acompañadas de exorcismos, pases, ensalmos e invocaciones a los dioses tutelares. Es por ello que también en la mayor parte de las tribus mexicanas se usaban “amuletos” que portaban como

sagradas reliquias para ahuyentar los maleficios y evitar así las enfermedades,

Para dar fin a esta primera parte, diremos que el hombre primitivo no era de ninguna manera un ser caótico, apenas diferente de los animales, y recordemos al mismo Hipócrates, quien nos dejó escrito en su “Medicina Antigua”: “A este respecto yo digo que no debemos rechazar la medicina antigua porque no tuviera fundamentos adecuados, porque no consiguiera resultados exactos en todo, sino que hemos de admirarla porque fue capaz de alcanzar una gran exactitud en el razonamiento, y porque sus descubrimientos, hechos desde un estado de gran ignorancia, se hicieron de modo adecuado, y no por casualidad”. ☒



A través de la visión el ser humano es capaz de entender el medio que lo rodea, de relacionarse con él y transformarlo. Sin ella, la evolución no habría sido posible. Por ello es que todas las civilizaciones han procurado mejorar y mantener la visión de sus miembros. La historia de la oftalmología prehispánica es por demás interesante y apasionante, razón por la que nos enorgullece que *Archipiélago* reproduzca en sus páginas un fragmento de la *Historia de la Oftalmología en México* del Dr. Enrique Graue y

Díaz González, libro publicado en 1973, mismo que sigue vigente 45 años después.

El Dr. Enrique Graue y Díaz González nació el 26 de mayo de 1913 en la Ciudad de México. Hijo del Dr. Enrique Graue Glennie, un prominente oftalmólogo de finales del siglo XIX e inicios del XX, y María Luisa Díaz González. Terminó sus estudios de Medicina en 1937 en la Universidad Nacional Autónoma de México, para después especializarse en oftalmología en el Hospital de Nuestra Señora de la Luz, en Washington y Nueva York. Durante su vida profesional se dedicó en cuerpo y alma al Hospital Nuestra Señora de la Luz, hospital que fue fundado en 1876 y que su padre había dirigido de 1912 a 1924. Un apasionado de la oftalmología, de su enseñanza y de su progreso, dirigió el Hospital de la Luz de 1951 hasta 1976 y fue presidente de su patronato hasta el día de su muerte, el 9 de agosto del 2003. En 1976 funda el Instituto de Oftalmología Fundación Conde

de Valenciana IAP, del que también fue presidente de su patronato. Ambas instituciones empeñan todos sus recursos y esfuerzos a cuidar de la salud visual de los más necesitados, a enseñar el arte y la ciencia de la oftalmología en todas sus ramas y a la investigación y desarrollo de nuevo conocimiento. Por sus pasillos, consultorios y quirófanos, centenas de miles de mexicanos reciben atención anualmente, y en sus aulas se ha formado la mayor parte de los oftalmólogos de México. Su influencia puede sentirse en gran parte de América Latina.

Sin embargo, su gran pasión fue su familia, que formó con su esposa Virginia Wiechers. Juntos supieron transmitir la pasión de servir a través del cuidado de los ojos a dos de sus hijos y tres de sus nietos, que hoy suman más de 120 años en la historia de la oftalmología mexicana.

Dr. Enrique Graue Hernández